

nado— que precedían a la Cuaresma, tiempo de reflexión, lágrimas y arrepentimiento. El autor enfatiza que la risa es parte de la naturaleza humana y cumple un papel importante en la comunicación.

La risa se vuelve también un medio de propaganda y un arma en el periodo del cisma religioso derivado del protestantismo, pues se usó como ofensa entre los diferentes grupos, lo que hace interesante la lectura sobre los ataques protestantes contra los papistas y el intento de ambas facciones por ridiculizarse entre sí mediante la burla. Esta situación favoreció el desarrollo de la caricatura, cuya técnica se basó en la observación meticulosa del rostro para fines humorísticos. El Renacimiento fue una época humanista donde el hombre descubrió que podía reír de la humanidad.

En el tercero y cuarto capítulos, el autor menciona las transformaciones de la risa como resultado de una evolución cultural: la Ilustración, época en la que el pensamiento científico se aparta de lo religioso. Frente a ello los sujetos de esta época crean el sarcasmo como escudo y la burla como instrumento de ataque, por medio de la crítica. El hombre surgido del Renacimiento aprende a usar la risa como escenario e instrumento de expresión. Molière, Voltaire o Hobbes escriben usando el sarcasmo y la ironía frente a las condiciones de su entorno social, y los pintores populares retratan la risa del pueblo; un ejemplo de ello es la pintura *El hombre que ríe*, de Rembrandt.

La Revolución francesa marcó en Occidente la sociedad, la política, la religión y el humor. Los capítulos v y vi narran los elementos que posibilitaron la aparición de otra faceta de la risa en este periodo. “La revolución adopta características de gran carnaval” y la libertad de expresión por medio de la prensa se vuelve otro escenario en el que la burla y la parafernalia carnavalesca

La globalización a partir del siglo xx hizo que la risa y la burla fueran permanentes; en un mundo de catástrofes y revoluciones la risa es lo único que nos queda.

se desarrollan por medio de la caricatura política en un mundo de efervescencia social. En él la patria, la libertad y la razón fueron “ídolos” del pueblo y su sacralización requirió de tal estilo de burla. El periodo decimonónico es un escenario donde “la risa y el pesimismo van de la mano”, y los pensadores de la época como Schopenhauer, Nietzsche o Victor Hugo dieron testimonio de tales efectos en la sociedad.

La globalización a partir del siglo xx hizo que la risa y la burla fueran permanentes; en un mundo de catástrofes y revoluciones la risa es lo único que nos queda. El séptimo y octavo capítulos mencionan que la comicidad se vuelve un imperativo del nuevo modelo humano. La sociedad contemporánea se concentra en el espectáculo y los excesos. Así, el mundo se impregna de una cacofonía de risas y esta se convierte en una garantía de la supervivencia. Minois termina su obra diciendo que “El hombre no ha concluido su evolución; si quiere sobrevivir, tendrá que adaptarse... y reír”. **LPyH**

NOTA

¹ El primer volumen de la obra es: Minois, George, *Historia de la risa y de la burla. De la antigüedad a la edad media*, uv/Ficticia, Xalapa, 2015, 330 pp.

Brehnis Xochihua es estudiante de la licenciatura en Historia (uv). Ha publicado en la revista *Secuencia*, del Instituto Mora. Realiza proyectos de difusión cultural en Papantla, Ver.

Pliego 16, número 23

Revista

Gerardo Hernández
Rodríguez



José María Espinasa (coord.), *Pliego 16*, núm. 23, México, FLM, 2018.

El horror ha sido material para la imaginación y el arte desde tiempos remotos. Ya en la *Odissea*, el preclaro Odiseo tiene contacto con el Inframundo para pedir consejo a sus amigos muertos. El contacto con la mortalidad le infunde temor, pues él se sabe mortal y reconoce en aquellos espíritus algo inherente a su propio ser. El horror se perpetuó a lo largo de los siglos: cuántas páginas no fueron escritas para satisfacer la necesidad de sentir miedo, de reconocerse en aquellas palabras plasmadas en una hoja. Así lo demuestra la literatura gótica, *Frankenstein...* de Mary Shelley o los cuentos de Edgar Allan Poe. Se habla de genealogías del horror: tal vez su único origen sea la propia mortalidad humana.

Ese mismo miedo y ese origen persisten a lo largo de los 16 textos de *Pliego 16* que, en su número 23, aborda el horror. Entre poesía, ensayo y cuento, los textos perpetúan el miedo, pero también la materia del horror —y, a su vez, de las pesadi-

llas—. Hay una fuerte presencia de la oscuridad, de lo desconocido, de la sangre y de las vísceras; también hay apariciones o espíritus de un mundo que, hasta ahora, nos sigue velado.

Sin embargo, no se debe pensar en el cliché. Cada texto muestra una versión propia del horror. Desde aquellas que nos recuerdan las historias de la infancia, contadas durante años como una tradición en las reuniones familiares que se extendían más de lo necesario, hasta aquellas que parecen acercarse a una realidad que preferiríamos negar.

Categorizar los textos sería disminuirlos, pues los meteríamos en un cajón del cual se esperan ciertos atributos. Además de los atributos propios del género, hay una fuerte carga visual en cada uno de ellos. Podemos oler la sangre y el proceso casi ritual en “La cámara del caos”, de Brianda Pineda, pero también su acercamiento a las imágenes terribles que Goya plasmara en sus cuadros en “Vuelo de brujas”. Por su parte, Lino Monanegi en “*Virgo lactans*” nos acerca la poesía de Georg Trakl y, a su vez, nos remite a imágenes propias de los bosques salvajes, de las tierras indómitas en que, alguna vez, la presencia humana no significa nada. Destacan también las imágenes realistas, contundentes, que aparecen en “El hálito del desierto” de Miguel Civeira. Una narración que, solo al llegar a su parte final, nos enfrenta con un mundo muy cercano al que habitamos.

Aunque he mencionado las imágenes, también hay una fuerte carga psicológica en la mayoría de ellos: “La cámara del caos” vuelve a aparecer con su retrato de una mente envuelta en un mundo que no tiene piedad con sus sacrificados; en “Frente al espejo”, de Gabriela Thorz, notamos una mente alterada, en un estado de negación y que, a su vez, juega con su propia expectativa para llegar al momento que determina su vida: conocemos el miedo a través de esas sutiles psicologías. El poema

“Nota roja” de Joaquín de la Torre es una muestra dura, precisa, del miedo y la muerte: tal vez sea una casualidad, pero encuentro en él algunas reminiscencias de *Seul Contre Tous*, la primera película de Gaspar Noé, o *The Big Shave*, un cortometraje casi olvidado de Martin Scorsese. Su horror radica en la psique humana y su capacidad para llegar a un límite negado, pero posible.

También hay espacio para las pesadillas, ese territorio que parece seguir sin explorarse por completo. De eso deja constancia “Delirio con Nerval”, de Demian Ernesto, que bajo los influjos de la noche se encuentra con una revelación inesperada, y proveniente de alguien inesperado. “El grito”, de Moisés Castañeda Cuevas, también ahonda en el territorio de las pesadillas, y al igual que su personaje, dudamos sobre la realidad o falsedad de las mismas. ¿Acaso no el mundo en que vivimos parece ser una mala broma, una asfixiante pesadilla de la que no podremos despertar nunca?

Aunque he mencionado las imágenes, las pesadillas y la psicología, también hay apariciones. “El mimo”, de Jéssica Tirado Camacho, nos transporta a un mundo cotidiano que, una vez roto, es imposible volver a unir. “Ladrón de agonías”, de Mauro Barea, nos regresa a una época en que la magia y los espíritus eran parte del ciclo de la vida y la muerte: pareciera que el mundo ha padecido con los seres que buscan perder nuestras almas una vez que el cuerpo ha perecido. “Terroros nocturnos”, de Valeria Loera, y “Sumisión”, de Emmanuel Bravo Gutiérrez, nos recuerdan que por la noche hay quien observa desde la oscuridad, una fuerza que sobrepasa nuestras capacidades, una presencia que nos acompaña y quisiera no abandonarnos nunca, aunque el placer que otorga sea imposible de redimirse. “Luto”, de Diego Cíntora, une dos ideas que se parecen mucho: el amor y las apariciones. Ambas terroríficas,

ambas deseadas. “Ramírez”, de Sandra Olguín, nos hace dudar sobre las cualidades de los espíritus y de la carne, nos hace pensar en la existencia, en la posibilidad, de que la vida y la muerte estén unidas de modos que solo quienes están cerca del final de la existencia pueden descubrir.

He reservado para el final los dos textos que no podía clasificar en los mismos niveles de terror. “Concomitancias y unos monstruos”, de Hebe Pulido, es un ensayo que nos pone a la vista la fascinación moderna con el monstruo y su existencia. En un mundo que ha abrazado a estas creaciones, tal vez sea buen momento para replantearnos quiénes y qué somos en realidad. “La costumbre de las placentófagas”, de Elisa Díaz Castelo, cierra el número. Nos regresa a la narrativa, pero la sensación es terrible por su falta (o exceso) de humanidad. El inicio y el fin de la vida. El costo a pagar por ambos momentos.

Hace algunos años, encontré un video del artista británico David Firth. En el video se nos muestra un vecindario común con un lechero que entrega sus pedidos, con una familia “normal” y feliz. De repente, un hombre irrumpe en ese mundo. Sin piedad, asesina y ultraja a los habitantes. El lechero, su esposa y su hijo son víctimas de esta persona. El final es devastador. No hay concesiones en ningún momento: lo burdo de la animación, la sátira agresiva. El video es acompañado por una canción de Aphex Twin. Una vez que termina el video, quedan dos opciones: reír para evitar un ataque de nervios, o dejarse caer en el abismo que se ha abierto ante nosotros.

La lectura de este volumen me ha transportado a ese abismo una vez más. **LPyH**

Gerardo Hernández Rodríguez estudia la maestría en Literatura Mexicana en la UV. Sus líneas de investigación se centran en el cuento y la risa.